

## **Pueblos originarios: Mercado de trabajo**

Al menos dos factores condicionaron la creación de un mercado de trabajo en el espacio que enmarca al territorio argentino. El primero de ellos fue la consolidación del control territorial y sus poblaciones por parte del estado colonial y republicano. El segundo consistió en la necesidad de incorporación laboral en función de las distintas ramas de la producción. Por ejemplo, la producción ganadera, tal como era practicada hasta hace unos años en la Argentina, requería muy poca mano de obra y espacios deshabitados por el hombre. En consecuencia, los pueblos originarios que residían en las zonas de explotación ganadera por excelencia (Tierra del Fuego, la Patagonia y la región pampeana) fueron exterminados o reducidos por la fuerza.

Es necesario aclarar que el mercado de trabajo colonial o nacional se ha organizado en América del Sur a partir de la disolución de las organizaciones de base comunitario- indígena, o bien de su reorganización según las necesidades de las empresas regionales que necesitaron esa mano de obra. El período colonial y la organización del trabajo en las encomiendas, reducciones o misiones religiosas no constituyeron mercado de trabajo, como tampoco lo hizo la recreación de instituciones como la esclavitud, la mita o el yanaconazgo. Tampoco existió este concepto antes de la conquista y ocupación americana. Para que existiera el mercado de trabajo, fue necesario que los trabajadores se vincularan con sus empleadores a través de la contratación de algún tipo y que recibieran un pago por su tarea.

Por lo tanto, el mercado de trabajo tuvo diferentes características dependiendo del momento histórico como de las regiones en las que se desarrolló. Si consideramos la región chaqueña, se trató de un espacio que fue parcialmente dominado hasta iniciado el siglo XX. Cuando pudo ejercerse el control efectivo, tanto sobre el espacio como sobre las poblaciones, ya se habían instalado los ingenios de Tucumán, Salta, Jujuy y posteriormente Chaco (Ingenio Las Palmas). La explotación azucarera es una actividad que requiere de grandes masas de trabajadores solamente durante la cosecha, de modo que este mercado de trabajo los convocaba durante ese período exclusivamente. Las reducciones creadas tras las campañas militares y las misiones religiosas eran los espacios en los que quedaban confinados durante el resto del tiempo, de manera que estuvieran disponibles para la próxima cosecha.

En la región central y el noroeste argentino, donde se localizaban poblaciones de orientación agrícola y de cría o pastoreo de animales, las modalidades de organización del mercado de trabajo variaron, pero en líneas generales se destacaron por los siguientes aspectos: por un lado, sobre sus territorios se instalaron haciendas o estancias, de modo que los habitantes originales se vieron obligados a trabajar para los flamantes propietarios en calidad de peones o, simplemente, en retribución por haberles permitido permanecer en el lugar. En este último caso, podía crearse un nuevo mecanismo: el pago del “derecho de arriendo” o “de pastaje” en dinero (región de los valles y quebradas): para obtener el dinero, todo el grupo familiar o parte de él se contrataba en los mercados de trabajo de los ingenios, de las explotaciones obrajeras o de las minas. Se trata de un sistema de contratación laboral compulsivo y encubierto, que aún hoy se mantiene vigente en algunas provincias de la misma región.

En los casos en que el control territorial efectivo ha sido muy reciente, por tratarse de espacios poco significativos para la explotación durante largos períodos, el mercado de trabajo se organizó sobre la base de la captación de las habilidades desarrolladas por cada pueblo en particular, sin afectar inmediatamente sus organizaciones. Así los huarpes siguieron practicando sus caravanas comerciales a uno y otro lado de la Cordillera, pero por cuenta de terceros; los mbya, en Misiones, fueron inicialmente los guías de las explotaciones de yerbales naturales y de maderas nativas. Actualmente, las capacidades pescadoras de los pueblos que habitan las márgenes del río Pilcomayo son aprovechadas por las empresas que, con sus equipos frigoríficos, captan la producción y la comercializan en las ciudades. Estos casos que presentamos se parecen más a una suerte de “cuentapropismo” que a un mercado de trabajo consolidado, pero merecen ser analizados con mayor atención, porque pueden ser variante de una relación laboral encubierta por la aparente libertad de los productores indígenas. Esto puede advertirse también en la captación de la mano de obra femenina en los pueblos con tradición textil muy desarrollada: el trabajo es doméstico y, aparentemente, lo realizan las mujeres de la casa en sus ratos libres, pero los ritmos de producción, los diseños y muy especialmente la comercialización son pautados por empresas que acaparan sus productos y los colocan en el mercado a precios mucho más altos que los reconocidos a las trabajadoras. Entretanto, para ellas el ingreso obtenido es parte importante de la resolución de las necesidades familiares cotidianas. Lo que ejemplificamos para las mujeres teleras es aplicable en general para la producción artesanal indígena en todo el país.

Por todo lo expuesto hasta aquí, se advierte que los pueblos originarios ingresaron a los mercados de trabajo tan pronto como se organizaron las economías regionales y los sistemas de propiedad privada del suelo. De esto se desprende que fue su contribución efectiva la que logró la creación de riqueza e impulsó los desarrollos regionales y del país en general. Los procesos de mestizaje, la ideología del blanqueamiento de la población argentina que invisibilizó sus bases indígenas o las recluyó al ámbito del tradicionalismo y el folclore, y la desigualdad en los procesos educativos, entre otros factores, contribuyeron a que buena parte del siglo XX mostrara a una población indígena o “mestiza” (los descendientes de los pueblos originarios) en actividades laborales de escasa calificación en el campo o la ciudad, distribuyendo a los hombres como peones o changarines y a las mujeres en el empleo doméstico o el pequeño comercio callejero.

### **Como ejemplo presentaremos a continuación algunas situaciones específicas:**

*Pueblos ava guaraní, tapiete, chané, wichí, pilagá:* para estas comunidades el lento proceso de penetración territorial por parte de los estados nacionales tuvo un momento especialmente dramático al desencadenarse la Guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, de 1932 a 1935. Este hecho acentuó su dependencia laboral con los ingenios en territorio argentino durante las épocas de la zafra azucarera —el más mencionado es el Ingenio San Martín del Tabacal y su propietario, Robustiano Patrón Costas, como la figura emblemática del patrón dueño de vidas y haciendas—. A lo largo del siglo XX, vieron progresivamente invadidos sus espacios por formas de explotación que han degradado los recursos naturales por deforestación, por la expansión de una ganadería que invade sus campos de cultivo y por el alambrado como símbolo de la propiedad privada en avance, particularmente cuando el mercado internacional revalorizó el precio de la soja y alentó mayores espacios de sembradío. El mercado laboral abierto para ellos está constituido por el trabajo rural, que los emplea como peones en la agricultura y el obraje, o como changarines en la ciudad. Asimismo, una pequeña proporción se desempeña en

empleos públicos o en el ámbito de las ONG que actúan en sus comunidades. Paradójicamente, en los casos en que se han instalado en sus territorios empresas dedicadas a la explotación petrolera, acarrear con todo el peso de los daños ambientales y el desalojo, pero no son contratados como trabajadores.

Pueblos selk'nam, aónikenk, mapuche: instalados en una gran región en la cual durante mucho tiempo solo se apreciaron sus cualidades para la ganadería, fueron sometidos a distintas políticas combinadas de exterminio. Los sobrevivientes, cuando no fueron confinados a reservas o tolerados en áreas de menor interés económico, fueron incorporándose gradualmente al mercado de trabajo de la explotación predominante. Así, por ejemplo, las cuadrillas de trabajadores estacionales de la esquila se formaron, y aún lo hacen, con miembros de esas etnias o sus descendientes. En los casos en que fueron alcanzados por las misiones religiosas, las mujeres fueron entrenadas para el servicio doméstico como sirvientas, cocineras, planchadoras, amas de cría, etc. Afectados en muchos casos por las explotaciones petroleras o por la extracción minera en general e invadidos a lo largo de todo el siglo XX por el corrimiento de cercos de los pobladores no indígenas, y más recientemente por el auge del mercado inmobiliario, especialmente en las zonas mapuches, se han integrado a los mercados locales de trabajo mientras simultáneamente muchos grupos familiares y comunidades numerosas desarrollan estrategias microempresariales para el desarrollo autónomo de sus propios recursos. Particularmente en el pueblo mapuche, la escolarización ha permitido la aparición de una capa de profesionales, técnicos y funcionarios que tienden a aplicar sus conocimientos en beneficio de sus comunidades.

Pueblos diaquita, kolla, omaquaca, ocloya, atacama, tonocoté, vilela: establecidos en las zonas de penetración colonial, fueron rápidamente reclutados para los sistemas de organización laboral con base en las comunidades. Representan todas las alternativas de captación laboral que hemos recorrido en este escrito: sujetos al pago de tributos inicialmente, luego a obligaciones tales como el arriendo, debieron combinar las tareas de producción y consumo familiar con las salidas por temporadas variables para realizar las más diversas tareas. Formaron parte de los contingentes que fueron atraídos por las ofertas de trabajo en los centros urbanos y, al iniciarse el proceso de sustitución de importaciones en la Argentina, devinieron obreros industriales en las más variadas ramas de la producción. Más recientemente muchos grupos familiares o comunidades procuran trasladar esos aprendizajes a la formación de modalidades cooperativas de trabajo con base étnica.

El caso pilagá: La articulación de los pilagá al mercado de trabajo regional se produjo como efecto de varios procesos. Por un lado, las trabas progresivas impuestas a sus actividades tradicionales generadas por la propiedad privada de la tierra, el ingreso de la ganadería y la explotación forestal, y la disminución de los recursos de su medio ambiente. Incidieron también las campañas punitivas que infundieron temor en los grupos familiares y la prédica misional que enfatizaba los valores de la disciplina laboral y la resignación. La combinación de todos estos factores se sintetizaba en el traslado a los ingenios y en el trato que en estos de

dispensaba a la masa de trabajadores: obediencia, trabajo duro y subordinación, aún en las peores condiciones de maltrato y sobreexplotación.

No siempre lograban regresar a sus lugares de origen, ocupados gradualmente por ganaderos y colonos, por lo que paulatinamente las familias optaron por instalarse en las cercanías de los pueblos (Las Lomitas y Pozo del Tigre, especialmente), al principio de manera estacional y luego formando comunidades permanentes. Actualmente, trabajan haciendo “changas”, como mano de obra barata, en las tareas más rudas en el campo y en el pueblo.

El caso mocoví: La incorporación mocoví al mercado de trabajo regional se intensificó desde 1880 en adelante, conforme se iban instalando los núcleos de explotación forestal y de producción de algodón en la región chaqueña. En el límite meridional, la consolidación de la colonización agraria (que, en la provincia de Santa Fe, comenzó con la fundación de Esperanza en 1856) requirió de peones, mayoritariamente indígenas. Hasta avanzado el siglo XX, este mercado de trabajo tenía dos características principales: a menudo la contratación se hacía de manera indirecta a través de un cacique que establecía con los patrones o capataces el tipo de tarea para realizar y movilizaba a los trabajadores bajo su control; en segundo lugar, se trataba de trabajos de tipo estacional, de manera que los trabajadores volvían a sus lugares de origen en los períodos de inactividad y resolvían su subsistencia gracias a prácticas tradicionales y familiares, como la caza, la pesca y la recolección de cultivos en pequeña escala.

A partir de 1960, la transformación de la producción rural, crecientemente mecanizada, y la desaparición de los antiguos obrajes impactó en el mercado de trabajo con menos demanda laboral y salarios inestables y muy bajos. Por otro lado, muchos jóvenes mocovíes habían completado su proceso de escolarización. En estas circunstancias la migración a las periferias de los centros urbanos, seguida de la inserción en actividades de baja calificación o en el empleo público, se convirtió para muchas familias en una solución posible para subsistir. En la provincia del Chaco, la creación de colonias (frecuentemente multiétnicas) convirtió a los mocovíes, así como a los qom, en pequeños productores de algodón que combinan esta actividad (junto con otras de pequeña escala, tales como la ganadería o la producción de artesanías) con el conchabo temporario en tareas rurales para patrones vecinos. Puede advertirse, entonces, que las colonias aborígenes continúan siendo la fuente de provisión de trabajadores rurales entrenados y relativamente mal pagados para los emprendimientos agrícolas del medio en el que se localizan.

El caso mbya: este pueblo guaraní logró articular la participación en el mercado de trabajo rural con las formas de vida tradicionales durante buena parte del siglo XX. Esto se debía a la naturaleza estacional de las actividades que realizaban (las cosechas de la yerba mate y tung congregaban a grupos familiares enteros durante un período del año) y a la existencia de grandes áreas inexploradas de monte nativo donde tenían sus aldeas y áreas de cultivo. A partir de la segunda mitad del siglo XX, se intensificó el desmonte, aumentó la población no nativa formando colonias y pueblos, y se desarrollaron nuevas modalidades de cultivo que obstaculizaron esa solución que articulaba mercado de trabajo-vida en aldeas. Ya entrado el siglo XXI, la producción yerbatera no convoca a grandes masas de trabajadores; la producción

forestal tercerizada y mecanizada requiere trabajadores con un entrenamiento fuera del alcance de la población indígena, y la presión de la propiedad privada ha empujado a muchas familias al borde de las rutas, donde subsisten vendiendo artesanías, plantas silvestres y miel. Otra novedad es la aparición de familias mbya en los pueblos y en la ciudad capital de Misiones, Posadas, que ejercen la mendicidad.

Asesora: Ana María Gorosito Kramer  
<http://pueblosoriginarios.encuentro.gov.ar>